



Traición a la patria

* Por Bulmaro Pacheco



En la historia de México se han dado suficientes casos de personajes que han merecido el calificativo de “traidores a la Patria” por los hechos en que se vieron involucrados y las consecuencias que sus actos tuvieron para la República. Uno de los primeros y más destacados casos de principios del siglo XX es el de Victoriano Huerta Márquez.

Huerta, militar nativo de Colotlán, Jalisco, no tuvo empacho en buscar el apoyo del embajador de los Estados Unidos de América, Henry Lane Wilson, para planear en la embajada el golpe de Estado contra el presidente electo Francisco I. Madero y destituirlo del poder, llegando incluso al asesinato del Presidente y del Vicepresidente José María Pino Suárez, en febrero de 1913.

El mal gobierno de Huerta duró más de un año y, una noche de julio de 1914, salió huyendo de México rumbo a España. Viajaría posteriormente a varias ciudades

de los Estados Unidos, desde donde buscó apoyos para conspirar contra México, pero ya no le dio tiempo de hacer nada. Su desprestigio y sus desórdenes eran tan visibles que ya no convenció a nadie. Además, sabía que, de regresar a México, le esperaba una muerte segura por sus excesos políticos y por la “traición a la patria” que había urdido para asesinar al presidente Madero. Huerta murió de cirrosis hepática en El Paso, Texas, en 1916, y sus restos se encuentran en un panteón local.

En el siglo XIX, el personaje fundamental para entender la “traición a la patria” fue el político veracruzano Antonio López de Santa Anna (1794-1876), quien hasta ahora es el que en más ocasiones ha ocupado la Presidencia de la República.

Fue presidente en 11 ocasiones, pero solo acumuló nueve años en esos periodos, que iniciaron en 1833 y culminaron en 1855 con el Plan de Ayutla. A diferencia de Porfirio Díaz,

que ocupó la presidencia en siete ocasiones y acumuló casi 31 años en el poder.

Durante los mandatos de Santa Anna, México perdió ante los Estados Unidos de América los Estados de California, Arizona, Nuevo México y Utah. Su vida fue turbulenta y llena de episodios controvertidos, lo que lo ubica como uno de los Presidentes más cuestionados de México. Casi al final de sus días, desde La Habana, donde se encontraba exiliado, ofreció sus servicios “para lo que se ofreciera” al presidente Benito Juárez, quien los rechazó de inmediato. Al morir Juárez, su sucesor, Lerdo de Tejada, le permitió regresar al país sin reconocerle grado militar alguno. Carente de dinero y de apoyos, Santa Anna murió en la Ciudad de México en 1876, y sus restos, junto a los de su esposa Dolores Tosta, reposan en el panteón del Tepeyac, atrás de la

Basílica de Guadalupe.

El héroe de la Independencia José María Morelos, “que murió por la Patria”, se habría revolcado en su tumba al saber que el hijo que tuvo con Brígida Almonte, nacido en Michoacán, Juan Nepomuceno Almonte (1803-1869), después de formarse en el ejército, en la administración pública y en las misiones diplomáticas, se convirtió en dirigente del ala conservadora de la política mexicana y, en esa calidad, en promotor del arribo de Maximiliano de Habsburgo como emperador de México. El hijo de Morelos fue candidato presidencial en 1845, 1849 y 1856. Maximiliano lo nombró su representante ante Napoleón III para pedirle que los ejércitos franceses se quedaran en México y no lo dejaran solo. Juan Nepomuceno fracasó en su misión diplomática y se quedó a vivir en

